

ROBERTO ANDRADE

ECUATORIANO



LAS DOS AMERICAS



VALE 20 CENTAVOS

HABANA
MOLINA Y COMPAÑIA
IMPRESORES
RICALA 55 Y 57
1933

Anotado por el Jefe de Canjes
Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

De venta:

EDITORIAL MINERVA

Pi y Margall (antes Obispo) 110

Habana

ROBERTO ANDRADE

ECUATORIANO

LAS DOS AMERICAS

VALE 20 CENTAVOS

HABANA
MOLINA Y COMPAÑIA
IMPRESORES
RICALA 35 Y 57
1933



ROBERTO ANDRADE

LAS DOS AMERICAS

Se están propagando ideas, no tan nuevas cuanto absurdas, en la época más conveniente para el porvenir de nuestra América: dos partidos se están formando: el de los que detestan a los Estados Unidos, porque los suponen imperialistas y absorbentes, incrédulos y librepensadores; y el de los que tienen fe en su carácter, en su procedimiento siempre humanitario. El primero nos aconseja no intimemos con ellos, y busquemos apoyo en España, nuestra madre en cuatro siglos, ahora especialmente que es República y enseña con tanta abnegación como excelencia: se acuerdan del prodigio del descubrimiento, del heroísmo de la conquista, de la difusión de una civilización desconocida en nuestras tierras, y sobre todo, de la idea de la raza, la unión entre madre e hijas, la posesión de una misma idiosincrasia: el segundo nos aconseja amistad, cordialidad con los Estados Unidos, en la persuasión de que sus intenciones no son causarnos ningún daño.

Ante todo repetiremos que el descubrimiento de América fué suceso tan extraordinario y portentoso, que no ha habido otro igual en el orbe, desde que se efectuó hasta estos días. Al descubrimiento no concurrieron sino un previsor sobrehumano, una reina que tuvo fe en este hombre y un grupo de españoles determinados y constantes. La conquista fué obra de esforzados y animosos, que en barcas imperceptibles, navegaron por los dos grandes océanos, rompieron inmensas selvas, dominaron a salvajes, a fieras, a reptiles,

a cuanto obstáculo puede oponer la Naturaleza, y se levantaron como dueños. ¡Pero tan salvajes no eran todos los vencidos, pues se asemejaban a los conquistadores! Los primeros derramamientos de sangre pueden, quizás, disculparse, por el escaso número de combatientes vencedores, y por la considerable distancia de los lugares de donde les venían refuerzos; pero no los asesinatos posteriores. Catorce millones de americanos fueron muertos, según lo asegura un español ilustre y bondadoso. (1)

¡Y las armas eran diferentes, y no había necesidad de matanzas, para el sometimiento de tanto infortunado!

“Los Indios aprendieron de los españoles, dice uno de los críticos, a lavarse, a vestirse, a cultivar la tierra, a coser, a tejer telas y a hilarlas.” (2)

Los primitivos españoles fueron los que no supieron bañarse: los árabes les enseñaron este beneficio. ¿Se usaba entre los americanos el nudismo? La Historia dice que no, entre los súbditos de los Incas, de los Schyris, de los Aztecas. ¿Qué comían los americanos, si no sabían ni cultivar la tierra? Varios de los alimentos americanos, como la papa, fueron trasladados a Europa, y son hasta ahora predilectos. “En el Perú, el trabajo era considerado no sólo como un medio, sino como un fin”, dice Draper. Entre los indios, no había un solo mendigo. Y trabajaban también en industrias, como en hilar, en tejer la lana de las llamas, en construir carreteras, acueductos monumentales y magníficos. Todo esto puede leerse en historiadores dignos de fe, como Sarmiento, González Suárez, etc. “Nunca fué apreciada en su justo valor, la enormidad del crimen que cometió España, al destruir las civilizaciones mexicana y peruana”, dice Draper. “Del estudio atento de los hechos, continúa, deducimos con Carli, que en la época de la conquista, el hombre moral del Perú, era superior al europeo, y hasta añadiremos que también lo era el hombre intelectual.” Carguemos la consideración en las supersticiones, las credulidades, los odios religiosos, como las Cruzadas, la Inquisición, el degüello de los Hugonotes, de los Albigenses, etc., que causaron tanto derramamiento de sangre en Europa.

Prosigue el mismo crítico: “La Nueva España del tiempo de la colonia, tuvo una intensa vida *cultural*, no vinculada a ventajas

(1) Las Casas.

(2) Véase el “Diario de la Marina”, de la Habana.

de espontaneidad indígena, sino a las fuentes espléndidas que alimentara entonces la Metrópoli. Nueva España dió poetas, dió pintores, dió escultores. . . D. Juan Ruiz de Alarcón fué nombre de oro en el siglo de oro hispano: Sor Juana de la Cruz, fué figura memorable, en la gloriosa corte de mujeres de otros siglos". . . .

Precisamente fué el siglo XVI aquel a que se refiere este pasaje, y entonces fué cuando España no alimentaba *fuentes espléndidas*, sino que cometía crímenes horribles, como la expulsión de los judíos y los árabes, a pretexto de religión y por consejos eclesiásticos. "Tres millones de moros, y dos millones de judíos, enemigos de nuestra Iglesia, fueron expulsados de España", dice un historiador español. (1) Estas expulsiones fueron de las más feroces y sangrientas, y la causa de la decadencia de España. "Los numerosos cuerpos de laboriosos agricultores y de hábiles artesanos, desaparecieron del país, porque eran árabes", dice Butkle. (2) "Los mejores sistemas de cultivo, conocidos en aquel tiempo, eran los practicados por los moriscos", continúa. "El cultivo del algodón, del arroz, del azúcar; la fabricación de seda y papel, los practicaban sólo ellos. Con su expulsión se perdió todo, de un golpe y para siempre, porque los españoles cristianos consideraban estos trabajos, indignos de ellos. . . . Pelear por el rey y entrar en la religión, era lo decoroso: las demás profesiones eran viles y bajas."

Lo que sucedió con los judíos fué también espantoso; y todo el mundo conoce el grado de civilización, que entonces alcanzaban ellos en Europa.

¿Era todo esto *espléndidas fuentes que suministraba la Metrópoli*, para la civilización de sus colonias?

"Castellanos y británicos, o sea, latinos y sajones, dice otro crítico, fueron los que consumaron la tarea de iniciar el nuevo período de la Historia, conquistando y poblando el hemisferio nuevo. Los llamados latinos, poseedores de genio y arrojo, se apoderaron de las mejores regiones, de las que creyeron más ricas; y los ingleses entonces tuvieron que conformarse con lo que les dejaron gentes más aptas que ellos." (3)

Colón vino de España, y no de Inglaterra: la prioridad no de-

(1) Dávila, "Felipe III".

(2) "Historia del Intelecto Español".

(3) José Vasconcelos, mexicano. Su obra "La Raza Cósmica", es llamada ya "La Raza Cósmica".



pendió del mejor genio y las mejores condiciones de España. En la posteridad se ha comprendido cuál de las dos Naciones tuvo mejor genio. Compárese el progreso de la América del Norte y la del Sur. En desarrollo de la tesis de este crítico, la de que vale más la América del Sur, asienta: "Tal es la teoría del comportamiento que se enseña en las Universidades Americanas, y no dejará de llegar a establecerse entre nosotros, que en este sentido tenemos gran facilidad de convertirnos en monos. Ya lo hemos hecho en las teorías Spencerianas y Darwinistas."

¡Spencer y Darwin echados a tierra, a un solo sople de un filósofo mexicano! Todos los sabios y filósofos del mundo han de estar huyendo, asustados.

Más abajo dice el mismo crítico: "Hay otros factores que nos demuestran que ha llegado a la América el momento de dedicarse a la Filosofía, y para ello debe dedicarse a utilizar las técnicas de otras naciones, como Alemania, viejas culturas, que ya no pueden inventar; pero sí se pueden emplear sus métodos."

¿Quiere este filósofo que seamos, monos de Alemania? Pero si también es sajona, le contestaríamos. No debemos pensar en razas, cuando nos esforzamos en el mejoramiento de los hombres. Cada raza es una familia, que se halla enlazada con las otras con un sagrado parentesco. Que una pelée con otra, no es sino en infracción de las leyes naturales. Lo que se desee para una, debe descarse para otra, sin averiguar las condiciones de su origen, pues en esto hay uno como encono, una como envidia, un deseo de preponderancia incalificable. Aquí viene la voz divina: "Amaos los unos a los otros: no hagáis a otro lo que no queréis que otro haga con vosotros." Por el anhelo de cumplir con esta orden, ha venido el de multiplicar las comodidades humanas, hasta llegar al acreamiento de las razas, a fin de que se conozcan y se traten, para amarse. Que vistas las condiciones especiales de dos razas, una de ellas no quiera vivir con la otra, puede justificarse, hasta que se modifiquen dichas condiciones, si es posible. ¿Pero hemos de oír callados lo que dice el mismo Vasconcelos, respecto a la esclavitud de los negros y de Lincoln? "La colonia no creó abismos entre negros y blancos", dice. ¿Y no fué la colonia la que volvió mercancía a un negro, y comerció con ella, largo tiempo? ¿No los redujo a bestias a los negros, para que cultivaran la caña y otras cosas? ¿Qué significa esclavo, sino animal doméstico? ¿No es ver-

dad que hay un abismo entre un hombre y un borrico? "La civilización latina, dice este filósofo, desde antes de libertar a los negros políticamente, ya los había asimilado socialmente." Esto no es verdad. A pesar de las leyes promulgadas por San Martín, por Bolívar, por Morelos, algunos negros son todavía esclavos, en ciertas naciones hispano-americanas: son como los indios. "Los misioneros católicos no se dedicaron a crear iglesias para negros: eso se quedó para los metodistas", prosigue Vasconcelos. "Los católicos llevaron al negro al pie del altar, a la misma iglesia de los blancos." Este sí es un preciosísimo argumento. . . . Los Metodistas tienen tal vez delicadeza en las narices. Pero lo más grave del asunto es que Vasconcelos llega a desconocer el mérito de Lincoln: "Yo oigo hablar de Lincoln como el libertador de los esclavos, dice. Libertadores políticos de los esclavos, los hubo en nuestro continente, 50 años antes de Lincoln, como Morelos, Bolívar, etc. Yo no dudo de que Lincoln se haya inspirado en estos actos de los nuestros." Esto dice Vasconcelos. ¡De manera que no hubo mérito en Lincoln, porque Morelos y Bolívar hayan hecho lo que él hizo! En Bolívar no hubo mérito, al emancipar a Sudamérica, porque ya Washington había emancipado a Norteamérica! ¿Quizá habrá olvidado el filósofo que Lincoln, al libertad a los esclavos, hubo de luchar y vencer, en guerra desastrosa, a consecuencia de la cual le asesinaron? Los verdaderos prohombres fueron, según el crítico, los misioneros católicos, que taparon con un corcho el cerebro de los hispano-americanos, para que no entrara luz en ningún tiempo. ¡Quién había de creer que Vasconcelos ha sido individuo de la Inquisición de España! Martí se habría horrorizado de que en La Habana de sus sueños, se recitasen conferencias como las de este flamante filósofo.

"Petión, el negro de Haití, aclaró la idea de Bolívar y le dió recursos que eran sistemáticamente negados en Estados Unidos y en Inglaterra", continúa Vasconcelos.

Petión es ilustre para los hispano-americanos; pero en el concepto de Vasconcelos, no hay verdad histórica: no hay sino chocarrería de individuo rencoroso, por motivos que no son nobles ni elevados. ¡Encono con Inglaterra y Estados Unidos, siendo así que ambas Naciones nos protegieron, como ninguna otra, en la emancipación!

"Hay una escuela, sigue Vasconcelos, que en estos momentos

amenaza invadir la Universidad: se funda en la Biología, y en realidad, es una justificación del imperialismo.”

Imperialismo y absorción son las palabras más usadas, en la América Española, para desacreditar a Estados Unidos. En 1917 publiqué, en el Perú, un artículo, con el título que encabeza el presente, y ya era anticuado aquello de imperialismo. Absorción es la pretensión de la gran República de mandar, como emperador, en el continente. El imperialismo no es intencional, sino de lo más natural. Los Estados Unidos son mayores en edad que todos los Estados de América. Los primeros colonos, que vinieron de Inglaterra, fueron ya civilizados y trajeron en su cabeza la organización de una Nación: en los primeros siglos vivieron en dependencia, pero no en esclavitud, y su metrópoli fué capaz de darles útiles lecciones. Se emanciparon en 1783, sabiendo ya de qué manera gobernarse. Y como su territorio es inmenso, sus campiñas muy fecundas, sus leyes muy protectoras, sus costumbres muy humanitarias, la inmigración ha sido muy frecuente y su población se ha ido acrecentando. En población de más de ciento veinte millones, todos consagrados al trabajo, los descubrimientos se van multiplicando, y la humanidad recibe inmensos beneficios. En la tierra, en el aire, en los océanos, aparecen innumerables prodigios, que en gran parte son debidos a los norteamericanos. ¡Imaginaos su riqueza, si su población es tan enorme, si el trabajo es de todo hombre, si éste es educado en Universidades apropiadas, si los productos son perfectos y si los consume el mundo entero! ¿A qué paraje, no sólo de América, sino de Europa, Asia y Africa, no está llegando la protección de los Estados Unidos, como acaba de atestiguarlo Jorge Bergson, profesor de la Universidad de Yale? De esto viene lo que en nuestra América ha venido a llamarse imperialismo.

En los Estados Unidos, por casualidad ha habido una guerra civil, causa, la más frecuente de atraso. Lo que hay, son prodigiosos secretos, sorprendidos a la Naturaleza, y que son utilísimos al mundo. Otras Naciones hacen lo mismo; pero esto no desvirtúa la obra de los Estados Unidos. Y por otra parte, la seriedad en la educación, la formalidad en los compromisos, la obediencia a la ley, la estimación propia, el conocimiento del deber, el desprecio a la ociosidad y a la mentira, contribuyen al imperialismo. Los Estados Unidos son la más poderosa Nación del orbe; pero como tal, a nadie ofende, y a todos está protegiendo con la vulgarización

de sus costumbres, sus esfuerzos, sus descubrimientos, su dinero. A Europa le tienen prestados centenares de millones, y a la América Latina, una cantidad muy poco inferior. ¿Y también esta buena acción ha de ser causa de censura en contra de ellos? "Lo que se proponen es comprar a todos, para disponer de todos, a su antojo", dicen. Ya ha transcurrido el tiempo necesario, y ya deben haber dispuesto de nosotros, los sobornados latinoamericanos, los menos irresistibles de todos sus deudores. ¿El Emperador no dispone de sus súbditos, cómo y cuando quiere?

Este imperialismo no es intencional, repetimos; no proviene de los Estados Unidos: es consecuencia del dón, otorgado por la Naturaleza, en virtud de los esfuerzos de ellos. A los latino-americanos no se cansan de decirnos: "Soy de estatura inmensurable: mis pulmones son muy grandes, y no puedo respirar sino ventarrones, que tienen que traspasar las fronteras: no os asustéis, porque en nada os dañaré, y al contrario, os seré útil. He construido el canal de Panamá, trato de construir el puerto de Fonseca, el canal de Nicaragua, el ferrocarril intercontinental, que quizá irá hasta Patagonia. Preparaos a trabajar conmigo, porque será en vuestro provecho. Si hay ventaja para mí, recibiréis vosotros la indemnización conveniente. A Colombia le di algunos millones por el terreno donde construí el canal, y el derecho de que sus buques pudieran pasar por él, sin erogación monetaria. Si algunas de vosotras, Naciones Latinoamericanas, sois como hormigas, yo no os pisaré, ni mi respiración os arrastrará como hojas secas. En todo caso, sois mis hermanas. No reflexionéis en la diferencia de razas, ni de castas: mi Nación consta de todas, especialmente de Latinoamericanas; y los que se han incorporado a nosotros y han aprendido en nuestras Universidades, poseen la índole nuestra, nuestra idiosinerasia. Si me pedís trabajo, yo os lo presto: yo construyo vuestros ferrocarriles, yo exploto vuestras minas, yo canalizo vuestros torrentes, yo dirijo vuestras naves, yo doy comodidad a vuestras casas, yo embellezo vuestras poblaciones. . . ¿En cuál de vuestras Repúblicas no hay norteamericanos trabajadores y empresarios?"

Es notoria la inclinación de los Estados Unidos a granjearse nuestras simpatías; y esta inclinación viene desde que ellos se constituyeron en República. De esto dimanó el apoyo a nuestros libertadores, la cooperación a ciertas empresas de Miranda y de Bo-

lívar, como el Congreso de Panamá, la conducta con España acerca de Cuba, poco antes de que Bolívar intentara emancipar a esta Isla; el Mensaje de Monroe, tan discutido, en más de un siglo, por nosotros. Después no ha habido acción alguna trascendente, en que los Estados Unidos hayan demostrado lo contrario. ¿Cómo negar la benevolencia de ellos con nosotros? Finalizan la emancipación de Cuba, y solamente dice Sumner Welles, el Embajador actual: "Nosotros los americanos orgullosamente recordamos que se derramó sangre americana, junto a la sangre cubana, para que Cuba pudiera ser libre e independiente." Han procurado desvanecer nuestras inquinas, como sucedió entre Colombia y Costa Rica, entre Venezuela y México, entre el Perú y Chile, entre Chile y la Argentina, entre el Perú y el Ecuador y otras varias.

La Naturaleza, a menudo, se enfurece: sobrevienen terremotos, ciclones, tempestades, incendios. Nadie cree ya que la causa de esto sean los pecados mortales de los pueblos: la Ciencia da las causas, antes dadas por otra entidad, que felizmente está ya feneciendo. En vez de echarse polvo y ceniza en los cabellos, de desgarrarse los vestidos, de tirarse de rodillas y levantar los brazos al cielo, dando ayes terroríficos, en demanda de piedad del Todopoderoso, los hombres a quienes no ha tocado la catástrofe, muévense con solicitud inusitada, acuden y socorren a sus hermanos, los infortunados. En América, los socorros de los Estados Unidos son los más inmediatos, oportunos y cuantiosos: navíos enormes, provistos de dinero y abastecimientos, para las más urgentes necesidades de las Naciones afligidas, zarpan de los puertos más cercanos a éstas, van a mitigar dolores, no de conciudadanos y amigos, muchas veces, sino de hombres. He ahí a los Estados Unidos imperialistas y absorbentes, según el parecer de individuos de la América española únicamente. Los Estados Unidos nada dicen; pero hacen lo que nosotros no hacemos, verdad que por nuestra clamorosa impotencia. ¿Y la impotencia, la principal causa, no depende de nuestra educación, nuestro temperamento, nuestras costumbres, nuestra informalidad, nuestra pereza, nuestro poco cariño al semejante, nuestro culto a la indiferencia y al atraso? ¿Son así los Estados Unidos? Los Estados Unidos, ¡qué desgracia!, son imperialistas, absorbentes, egoístas, y no quieren sino dominarnos, empuñarnos, esclavizarnos, anonadarnos. . . .

Un Estado es dueño de su soberanía, y ésta es la razón porqué los Latinoamericanos no queremos aceptar la intervención de la República del Norte, temerosos de que nuestra soberanía sea atropellada. Este argumento es del orgullo, mal entendido, no de la justicia, de la conveniencia, menos de la propensión a ser feliz. ¿Qué nos importa ser soberanos, si nuestra soberanía no se ejerce, porque quien la ejerce es un quidam, como Rosas, como el doctor Francia, como Melgarejo, como Flores, como García Moreno? ¡Soberanos, y somos más esclavos que los negros y los indios, en la época en que fuimos colonos de España! ¿Qué hacemos de nuestra soberanía, sino satisfacer vanidades, venganzas irracionales, o tomar pretexto para lastimarnos mutuamente, o divertirnos con ella, como pilluelos con juguetes? ¿No soportamos tiranías viles, no nos asesinamos unos a otros en horribles guerras intestinas, no perdemos el tiempo en pampringadas, en vez de levantar a nuestras patrias, de esforzarnos en su educación y progreso, de aproximarnos a la felicidad, para la cual hemos nacido? ¡Qué es ver a los soberanos, presenciando, todos los días, degüellos, latrocinios, estafas desafortunadas; tropelías en contra de todas las virtudes; preferencias solamente a la adulación y a la baja, y la complicidad en abominaciones; ninguna demostración de amor a la patria, y sólo un egoísmo torpe e infecundo, una podredumbre en que se consume todo el interés de la República, y donde surge un mar de oprobio. Rara es la República hispanoamericana contenta, en la actualidad, con quienes la dirigen.

¿Sabemos ya el origen del imperialismo y la absorción, que atribuimos a los Estados Unidos?

La Señora Eva Canel, escritora tan conocida, por grave e inteligente, asoma en este concepto, que no parece de ella: "España tuvo la torpeza de ayudar a los emancipadores sajones de América; y estaba muy próxima al hecho, para que demostrasen tan pronto a la nación descubridora su querencia." Prueba la malquerencia de los Estados Unidos a España y sus colonias, con incidentes que pasarían inadvertidos, si se comparasen con otros, al respecto. ¿Por qué piensa la Señora Canel que Monroe dijo "América para los americanos", sino porque comprendía que su patria era bastante para una civilización progresiva, porque quiso evitar vinieran a entrometerse Santas Alianzas europeas, y con esta declaración nos resguardó, pues estábamos expuestos a nuevas y nuevas

conquistas? No es del caso probar a la Señora Canel, que si en España hubo torpeza, ella fué en favor de la Civilización universal contemporánea.

Otra escritora distinguida, la Señora Gabriela Mistral, propuso "que los hispano americanos formáramos bloques contra los bloques de los anglosajones, si queríamos evitar la invasión de Norteamérica". Este proyecto no parece serio: ¿qué invasión, si los Estados Unidos nunca la intentaron? ¿Por qué no hemos de mirar con simpatía todas las acciones de ellos, respecto de nosotros? El querer que nuestras poblaciones sean el mercado de todos sus productos, hasta cierto punto es beneficio, porque muchos de ellos son perfectos, utilísimos. A Europa no la hostilizan por su comercio con la América Española, ni se amostazan porque sabios europeos desplieguen sus conocimientos, en nuestro provecho. Los argumentos que se refieran a los actos de los Estados Unidos en México, en Cuba, en Filipinas, en Colombia, en Nicaragua, en Haití, etc., son especiosos, como lo probaremos, si alguno nos replica. La idea de los Estados Unidos es la fraternidad cristiana, y quizá por eso quieran dilatar su civilización a todo el Continente americano, en el cual no entran ideas de absorciones. Que nos enseñen lo que no sepamos; pero que respeten lo que nos sea respetable. La Naturaleza debe ser la norma de las acciones humanas: ella enseña que el hermano mayor dirija al menor, en cualquiera de las dificultades de la vida. A la mayor edad va unida la experiencia. De parte del hermano mayor debe haber buena voluntad, y de parte del menor, docilidad.

El ejemplo es la mejor enseñanza que hemos recibido de los Estados Unidos; ejemplo de actividad, de movimiento, de trabajo, de ingenio, de reflexión, de obediencia, de energía, de firmeza, de perseverancia, de prudencia, de carácter, de valor, de tolerancia, de formalidad, de estimación propia, de dominio sobre sí mismo, de observancia de todas las virtudes sociales, que vuelven al hombre prohombre. En nuestra América hay también estas virtudes; pero no en la mayoría, como sucede en la del Norte. Hay entre nosotros innumerables personas, que poseen minerales, ya de oro, ya de plata, ya de cobre, ya de petróleo, ya de carbón de piedra, ya de otros elementos valiosos, y las han poseído desde sus antepasados; y muchos no las convierten en dinero, sacándolas al comercio, para apoyo de la industria, sino con el apoyo de los norte-

americanos; otros las poseen con el mayor respeto, y la pereza no les ayuda a remover ni una piedra. ¡Y así quieren que en los Estados Unidos no haya imperialistas, con tanta abundancia de ignorantes y perezosos como hay entre nosotros!

¡Lástima es que el idioma inglés no sea conocido por todos los americanos! Poco conocemos en el Sur a los sabios, historiadores, oradores, estadistas, filósofos, dramaturgos, poetas, como Draper, Washington Irving, Emerson, Hawthorn, Prescott, Cooper, Butler, Thompson, Curtis, Everett, Poe, Bryant, Lonfellow, Franklin, centenares más, muchos de los cuales rivalizan con los más conspicuos europeos; poco conocemos de la historia, breve, pero insigne, de los habitantes de la América del Norte; poco conocemos de su delicadeza, sus sentimientos, su generosidad, la nobleza de su conducta, su profesión formal, indefectible de no hablar sino la verdad. Americanos se llaman ellos, sin añadidura gentilicia, y con razón: ellos han absorbido lo provechoso, lo substancial, probablemente el jugo de todo el nuevo Continente. Nosotros no podemos pasar de latinoamericanos, o simples hispanoamericanos, porque no hay razón para ofender al Brasil.

La colonia fué para nosotros un verdadero feudalismo, como ya lo han dicho personas ilustradas. No aprendimos sino el idioma castellano, la religión enseñada por malos intérpretes de la sublime Doctrina Evangélica, preocupaciones, supersticiones, hipocresía, santurronería, ociosidad y vicios degradantes. ¿Ni cómo habíamos de aprender cultura humana, si no teníamos ni escuelas? Entre los colonizadores hubo artistas, es verdad, y algo nos dieron a conocer de aquellos atractivos de una alma delicada; pero nadie combatió nuestra lamentable ignorancia.

No nos ofendamos si norteamericanos vienen a nuestras patrias, a trabajar con su dinero, con su esfuerzo, con su ingenio y como atletas, embelleciendo, ensanchando nuestras poblaciones, dándonos comodidad, asco, aún delicia. No es el provecho únicamente de ellos, porque, conforme a nuestras leyes, tienen que pagar impuestos, asalarian a nuestros artesanos, artífices, obreros, jornaleros; propagan sus conocimientos, sus habilidades, sus costumbres; y con su ejemplo, van apareciendo en nuestros países laboriosos empresarios. Si hay perjuicio, será transitorio, porque en breve, sus empresas traerán nuestra abundancia. En general, es el egoísmo



vicio negro, asqueroso, impropio de la naturaleza magnánima del hombre. "El perro del hortelano, ni come ni deja comer."

A consejos, simplemente a consejos, dados con el ejemplo; a la enseñanza, sin el menor aparato; al trabajo, en las empresas importantes, como la construcción de ferrocarriles, la explotación de minas, se ha reducido la intervención de la América del Norte en la nuestra. ¿Por qué nosotros hemos de rechazar esta intervención, si es necesaria, indispensable? Y esta intervención nos dará paz, al fin, porque nos aficionaremos a otro sistema de república, a aquel donde hay menos facilidad para el advenimiento de aventureros, de advenedizos, al poder. Las guerras intestinas son, entre nosotros, frecuentes, porque con frecuencia vienen a dominarnos gobernantes malos.

Comprimamos la mano de España, como la de una amiga, de una parienta, de una protectora, en ciertas épocas, comprimamos la de todas las Naciones; pero no rechacemos la de los Estados Unidos: esta última es, para nosotros, la más provechosa del mundo.

¡Dichosa Cuba, que ha venido a merecer la protección de los Estados Unidos, en uno de los conflictos más aflictivos de su vida!

